

L. F. Leloir

## 30 AÑOS DESPUES DEL NOBEL

En el recuerdo de

uno de sus

compañeros de

tareas en la

Fundación

Campomar

Texto: Dr. Héctor Carminatti  
Foto: Archivo LA NACION

El 27 de octubre se cumplieron 30 años del día en que se difundió el premio Nobel de Química que Luis Federico Leloir recibió luego en Suecia. Un acontecimiento que puede ser motivo de reflexión para la comunidad y, en particular, para los dirigentes del país. Nuestra generación tiene la responsabilidad de haber recibido un país rico (después de la Segunda Guerra Mundial) y les vamos a dejar a nuestros hijos un país entre los más pobres del mundo (excepción de los africanos y algunos americanos). Tenemos un tercio

de la población entre los marginados, desocupados y pobres sin esperanza. Hemos ignorado el poder de la ciencia y la tecnología. Hemos despreciado nuestra verdadera riqueza, la inteligencia del pueblo. Los jóvenes se van y la comunidad científica argentina en el exilio es cada vez más importante. Hoy, el ejemplo de Leloir, que parecería que hemos olvidado, puede ayudarnos a desafiar el futuro, sin cometer los errores del pasado.

## En oportunidad

de escribir en Ciencia e Investigación un artículo sobre los esposos Cori, que habían recibido en 1947 el Premio Nobel de Medicina (compartido con el doctor Houssay), Leloir señaló: "El éxito de sus trabajos de investigación, que les ha valido el premio Nobel se debe a dos factores principales: genio y trabajo fuerte". El, en ese momento, no sospechaba que con estas últimas palabras estaba describiendo el mérito de su propio éxito unos años más tarde.

Hablar de la personalidad de Leloir no es una tarea fácil para mí, temo por mi falta de objetividad, ya que conviví con él más de 30 años en forma ininterrumpida en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Funda-

ción Campomar, donde se generaron fuertes lazos afectivos. Pero, por otro lado, esa proximidad me permite dar testimonio cierto de haber observado sus condiciones excepcionales como experimentador nato, su permanente curiosidad intelectual, y un legítimo amor por la verdad.

Las cualidades que normalmente se encuentran dispersas en distintas personas, en él estaban reunidas: inteligencia, agudeza, orden extremo, fuerte poder de concentración. Para un observador ocasional, podría parecer que todo le resultaba más

sencillo, porque lo hacía con gran naturalidad, pero en realidad todo era fruto de una labor incansable. Tenía una rutina de trabajo nada espectacular, pero sí una fuerte pasión por el conocimiento nuevo, casi obsesiva.

Un aspecto algo desconocido de su personalidad era su genuino interés por nuestro país. Se lo veía con frecuencia muy preocupado por el futuro de la Argentina. Como investigador nato tenía un gran entusiasmo por el progreso científico tecnológico en todo el mundo, pero en algunas oportunidades me comentaba su preocupación

porque acá se mezclara la política con la ciencia. Se lamentaba de nuestro estancamiento científico tecnológico. Pero en general de política prefería no hablar con nosotros, tal vez para no desanimarnos.

En un reportaje, cuando se habló de que algunos añoraban la época en que la Argentina era el granero del mundo, Leloir fue terminante al afirmar que: "El país no puede seguir confiando en las riquezas naturales". Añadiendo luego: "Hubo un cambio muy grande (en el mundo) desde que la fuente de riqueza pasó de los campos a las fábricas y ahora a los descubrimientos científicos. El principal problema es que esto no es comprendido por nuestra sociedad, en sus distintos niveles. En particular, los empresarios y los dirigentes del gobierno".

Son interesantes las palabras que pronunció Leloir -que no se destacaba como orador- cuando inauguró el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar. Y lo hizo destacando la falta de interés por el progreso científico-académico en todos los altos niveles del país (incluidos los gobernantes), a quienes sólo les interesaban los resultados tangibles de la investigación aplicada o tecnológica; entonces mencionó en su discurso el caso de Faraday. Cuando éste ya era famoso por sus contribuciones en el campo de la electricidad -recordó Leloir- después de una conferencia en la que anunciaba sus últimos descubrimientos, una señora le preguntó: "Dígame, señor Faraday, ¿para qué sirven todas estas cosas?" La respuesta fue otra pregunta: "Dígame, señora, ¿para qué sirve un niño recién nacido?" Si la señora vivió lo suficiente, pudo observar cómo los brazos del niño recién nacido, que era la electricidad, se extendieron por todos y hasta los últimos rincones del mundo. ▀

El autor es ex presidente del Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar

## Estructura de la UDPG

Segunda coenzima y primer representante de los compuestos que hicieron que Leloir recibiera el premio Nobel en 1970



La fórmula es el primer integrante de una larga familia de compuestos -los nucleótido azúcares- que permitieron aclarar muchos caminos metabólicos antes desconocidos

